

# E. MIRET MAGDA LENA

**L**OS medios de comunicación social han expandido el pensamiento humano de una forma insospechada hace un siglo. Y muy especialmente lo ha hecho la televisión.

La Iglesia, a pesar de su retraso en asimilar muchas cosas modernas y contemporáneas, lo acepta y le dedica incluso documentos oficiales pregonando la libertad de información.

"Para que la opinión pública surja de la forma que le es propia, es necesario que, en primer lugar, se conceda a todos los miembros de la sociedad la posibilidad de acceso a las fuentes y a los canales de información, así como la posibilidad de exponer libremente su pensamiento". Esto es lo que dice en su documento oficial *Comunión y Progreso*.

Pero hete aquí los misterios de estos medios informativos. Cuando uno espera sentado ante la pantalla —con un poco de inocente narcisismo— para verse, se encuentra con un personaje que no le parece uno mismo y que le defrauda. Yo, al menos, me quedé perplejo al contemplarme las tres veces que en este último tiempo he sido requerido para posar ante la pantalla.

¿Por qué? Por la sencilla razón de que no se ve uno claramente representado, porque cuando se van a escuchar las intervenciones, donde uno explica su pensamiento, estas intervenciones no aparecen. Y esto, me pregunto, ¿a qué obedece? No lo sé; quizá sean razones inocentes, no puedo decirlo. Pero el hecho es que el autor se siente defraudado. O al menos yo, que soy un poco ingenuo, me quedo con la sensación de ser un hombre con un pensamiento corto, a medias. Porque —en mi opinión— no hay cosa peor que las medias verdades.

Por eso he decidido dejar estas demostraciones masivas a un lado, porque lo que uno piensa debe quedar reflejado sin recortes, sea cual sea la causa de estos recortes. Y si esto no puede ser, yo no sé si soy demasiado quijote, pero, sinceramente, preferiría no salir. Porque, al menos en TRIUNFO, puedo decir todo mi pensamiento y nadie me pone ninguna cortapisa.

Contaré por eso a mis, supongo, inocentes lectores las inocuas cosas que creí decir y no se escucharon.

Hablando de libertad religiosa citaba un día de éstos una serie de textos históricos y literarios, haciendo ver que nuestra Edad Media era mucho más tolerante que lo fue España a partir del siglo XVI, en que nos hicimos, tras el Concilio de Trento, el cerrojo no sólo de los herejes, sino de otros muchos que querían no asfixiarse en las estrecheces de los cuatro eclesiásticos sin horizonte que entonces mandaban. Hablaba de libertad religiosa, pero no salieron estos motivos medievales tan españoles y, por tanto, tan convincentes para deshacer la imagen negra creada siglos después; imagen que no tiene arraigo en nuestra historia de hace cinco centurias y más. Esta noticia de tolerancia histórica creo que hubiera

esponjado el ánimo de los oyentes, porque les hubiera hecho comprender que la intolerante negrura religiosa, el luto del pensamiento que después existió, no fue siempre bandera propia de nuestro país.

Otro párrafo que tampoco escuché es aquél en que me refiero a la moral cristiana. Yo, siguiendo inocentemente a esos teólogos contra los que tanto arremeto, he llegado a la convicción de que la moral cristiana, en cuanto moral, no difiere en sus líneas básicas de cualquier otra moral seria y profunda que los hombres de otras religiones, o incluso de ninguna creencia, han adoptado para sus vidas. Algo de esto salió, pero muy recortado, porque apenas se entendían mis dos razones. Hablar de moral sobrenatural, para denominar a la católica, pienso que es desconocer aquello que muchos pensadores de los primeros siete siglos de la Iglesia han dicho. Porque no se les ocurrió distinguir entre sobrenatural y natural, y pensaron, en cambio, que los posteriores cubileteos de la escolástica medieval eran improcedentes, ya que hacían pensar en un Dios aceptador de personas, que se fija en esos "tiquismiquis", o que propugna un mundo de privilegiados que serían precisamente los católicos. San Ignacio

tienen un concepto más estricto del respeto a la vida que el catolicismo. Y no hay por qué pensar que el catolicismo sea distinto en sí, en cuestiones básicas morales, sino sólo en cosas accidentales o de grado, y no siempre en forma más estricta que otros.

El padre Haering dice que "algunos teólogos católicos aseguran que la doctrina moral del Nuevo Testamento no añade, en cuanto contenido, nada nuevo a la pura ley natural, sino únicamente le da una nueva motivación" (*La vida cristiana a la luz de los sacramentos*. Ed. Herder).

Otro teólogo italiano, Valsecchi, afirma que él mismo está convencido de ello. "Algunas contribuciones más recientes al estudio... del carácter específico de la moral cristiana... están de acuerdo en poner de relieve la identidad moral entre ética cristiana y ética simplemente humana, quedándole únicamente a la fe la tarea de dar un sentido y una intencionalidad salvífica a la conducta, y por eso le exigen —al hombre— una dinámica reflexión antropológica que concrete el significado ético... los contenidos" (*A. Valsecchi: Nuevos caminos de la ética sexual*. Ed. Sígueme).

Pero quien más hizo por esta postura fue hace pocos años el teólogo Schillebeeckx, O. P. Para él, lo cristiano —lo que se llama en términos técnicos gracia— no da ningún nuevo contenido a la moral, sino solamente una "confirmación" y un "sentido". "Las normas debe descubrirlas uno mismo, porque la Revelación lo que les da es la orientación religiosa". El cristiano no tiene un talismán intelectual para conocer las normas de moral allí donde otros pobres mortales no lo tendrían. Todos los hombres tienen que descubrir estas normas principalmente "a partir de su experiencia humana", y si son cristianos, la diferencia no está en el contenido de esas normas básicas, sino en que "debe servirlos como hijo de Dios". Y esto lo aplica al matrimonio, diciendo que "no existe una moral sobrenatural del mismo, viniendo a añadirse a la moral natural". Si los contraceptivos, por ejemplo, estuviesen justificados a la luz de la moral natural, tendrían que estarlo también para los creyentes (ver *Dios y el hombre*. Ed. Sígueme).

Y lo mismo diré de mi intervención a propósito de "Jesucristo Superstar", a la que dedicaré otro artículo.

No es que yo expresase todo el detalle que aquí expongo, pero sí la idea y sus motivos. Y no los vi aparecer cuando me contemplé. No creo que la razón fuese que me falle la memoria y tenga ahora una especie de alucinación y se haya producido ese fenómeno anormal del recuerdo de lo que nunca existió en realidad.

Y como creo que mi pensamiento religioso-moral es bien inocente, quiero —sea cual sea lo sucedido con este, en mi opinión, guadianesco suceso— que se conozca. ■

## LO QUE NO DIJE EN TV

de Antioquía afirmaba que todo lo bueno del pensamiento humano o de la conducta de los hombres, por el mero hecho de ser bueno, era ya cristiano. San Gregorio de Nacianzo señalaba que los verdaderos cristianos no eran los que llevaban el nombre, sino aquellos que en su conducta practicaban el bien, porque lo único que les faltaba era un detalle sin importancia, el nombre exterior. Al fin y al cabo eran deudores de San Pedro quienes pedían respeto para todo ser humano, y pensaba que todo el que practica el bien, sea quien sea, es agradable a Dios.

La segunda razón me da mucho que pensar. Yo cada vez que buceo en las enseñanzas morales de unos y de otros, veo con claridad creciente que en nada importante se distinguen las diversas posturas morales serias y profundas. Alegaba mi interlocutor de esta sesión que el cristianismo tenía un respeto por la vida muy superior al de los otros grupos humanos, en particular religiosos.

Pero, sinceramente, yo no lo veo así, y por eso alegué que el budismo —y el hinduismo—